

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre. . . . . Pesetas 2,50  
 Provincias: trimestre . . . . . » 3

## REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios. . . . . Ptas. 2,50  
 25 id. extraordinarios. . . . . » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

## SUMARIO

Bala rasa, por J. Sánchez de Neira.—Confidencias, por Pirracas.—  
 En la Plaza, por Plóez.—Capotazos, por Don Cándido.—Anuncios.

## BALA RASA

«Que sepa bien ó mal, hús amargue ó pique,  
 ágría ó dulce, con sal ó con canela,  
 ¡allá va la verdad! ¡votad mi abuela!  
 sin bromitas, ni cuentos, ni palique.»

**S**IN embargo, para atajar la lengua, he de jado pasar tiempo antes de ocuparme de los incidentes de la escandalosa y mal llamada corrida de toros verificada en Madrid el domingo último, que verdaderamente nos dejó corridos de vergüenza á los que aún tenemos afición á las lidés taurinas. Retrasándome, la ira puede haberse templado, y el lenguaje ser menos duro de lo que debiera ser.

Nunca, al menos de cincuenta años acá, ha presenciado este pueblo tan grosero insulto á su diversión favorita. Por mucho menos motivo promovieron tumultos que parecieron motines los madrileños de hace cuarenta años, y con menos razón que ahora hicieron palidecer al bravo Narvaez y huir al audaz González Brabo.

Aquel tendido cinco de la Plaza Vieja no hubiera tolerado sin excesiva protesta que tan escandalosamente se burlasen de él los mal llamados diestros de pelo trenzado, ni los monos, ni los demás dependientes de la Plaza, y hasta á la Presidencia habría hecho entrar en razón. Que allí no había gente de tanta... mansedumbre como la del cabestro «Vinagre», que vivió treinta y tres años sufriendo sin rebelarse.

No fué acertado autorizar un cartel considerando la fiesta como novillada, siendo de toros; pero un buen Presidente hubiera corregido en el acto las deficiencias de aquél, haciendo que cada uno de los *actuales* cumpliera con su deber. Fué anunciada una corrida de «toros» lidiados por las cuadrillas del Marinero y el Tortero. ¡De primer espada en Madrid el Marinero! ¡Un hombre que, aun concediéndole mucho mérito y valor, no tiene mayor categoría que la de tercero! ¿Y ayudado por quién? Por el Tortero, queridos lectores, por el Tortero, que acaba de tomar la alternativa, y de consiguiente, es de la capa más inferior de los matadores graduados. A los dos asistirán buenos deseos, los dos serán valientes, ambos aprenderán lo mucho que ignoran; pero ¡por Dios santo, que presentar esos mozos en el cartel de la primera Plaza de España, ostentando primeras gerarquías, es el colmo del mayor desprecio que puede arrojar al circo madrileño!

Pues á pesar de eso, buena parte de este *pasivo*

pueblo fué á los toros. No vio, como se proponía, picar, banderillar y matar cuatro toros de Romero y dos de Carrasco, uno de éstos transformado en Castrillón, sino pinchar de mala manera, colgar de mal modo algunos palitroques y mechar traidoramente tres toros de los seis, porque la otra mitad fué retirada al corral, por no servir para estoquear los aquellos *escogidos* matadores.

Verdad es que al Marinero no pudo juzgarsele. Tiene el pobre tal desgracia en el ruedo de Madrid, que cuando no está preso le andan buscando; y lo peor es que le encuentran y le hieren los corchetes taurinos, como sucedió el domingo 4, en que el primer toro le alcanzó entre barreras y le inutilizó para la lidia. Quedó encargado de la dirección de la Plaza el Tortero, que no sé dónde ha hecho su aprendizaje para desempeñar puesto tan principal é importante, y sucedió lo que no podía menos de suceder. La batalla se perdió; tal general hubo en ella. El ganado era bueno, y con buenas cuadrillas sin duda alguna habría dado juego, especialmente los toros de Barbero, hoy de Romero; pero mal lidiados, *desatendidos* y con una apatía inusitada en los circos taurinos, en que siempre sobra gente, resultaron sosos, fríos y sin codicia.

Parecía, y así era en efecto, que para aquellos toreros la lidia de seis toros era superior á sus fuerzas, y salvo algunos capotazos dados con conocimiento á los tres primeros bichos por el Regaterillo, y la faena que con todos ellos trajo, demostrando buena voluntad, Ramón López, que estuvo malo con las banderillas, lo demás fué tan infernal que encendía la sangre, tanto como la quemaba el rubicundo Febo que nos achicharraba.

Silbaba y silbaba á más no poder el *paciente* pueblo, y con el aire que hacía con la boca, aliviaba su ardor. ¡Manso *cordero*!

Para mayor desgracia, el Tortero, cuya incuria y abandono son difíciles de explicar, no pudo matar al tercer toro por ignorancia del arte (que contrastó marcadamente con el valor, ya que no con el acierto de que hizo alarde en la corrida anterior), y después de mecharle con alevosía, subiéndose indecorosamente á la parra ó al olivo siete veces, se le retiraron al corral. Cuando empezó á matar el cuarto, como no veía, á pesar de haber buen sol, tropezó en un caballo, y al caer se dislocó un brazo. ¡Adiós esperanzas mías! Tuvo que tomar los trastos el Lobito—que es malito—y el pobre mató como pudo aquel toro, pero no pudo más... fueron los otros dos al corral á hacer compañía á sus hermanos tercero y cuarto; y el *manso* pueblo quieto y *regocijado* como aquel que sufre dolor de muelas.

Un matador de cartel, de alternativa anterior á la de los dos anunciados y de larga práctica, se atrevió á pedir permiso á la autoridad municipal para ver si podía reunir aquellas dispersas huestes que andaban despavoridas sin saber dónde se hallaban; pero bueno estaba el alcalde para que le vi-

nieran á dar la *lata*, cuando tal vez tiene, como otros señores que yo sé,

«puesto ya un pie en el estribo»,

y negó la licencia pedida, que el *sufrido* pueblo apoyaba, fundándose, sin duda, en la costumbre. Por regla general, no soy partidario de la concesión de gracias ó permisos, que suelen acarrear disgustos; pero cuando se trata de caso tan excepcional como el referido y de un espada acreditado, recuerdo lo que sucedió en la Plaza de Madrid el año de 1843 á 44, que habiéndose inutilizado en la lidia los picadores anunciados, se hizo vestir, bajo la promesa de pago de 500 duros, al picador Anastasio Capón, que estaba de espectador en un tendido, para que saliese á picar los dos últimos toros. Un buen presidente debe distinguir de casos y circunstancias.

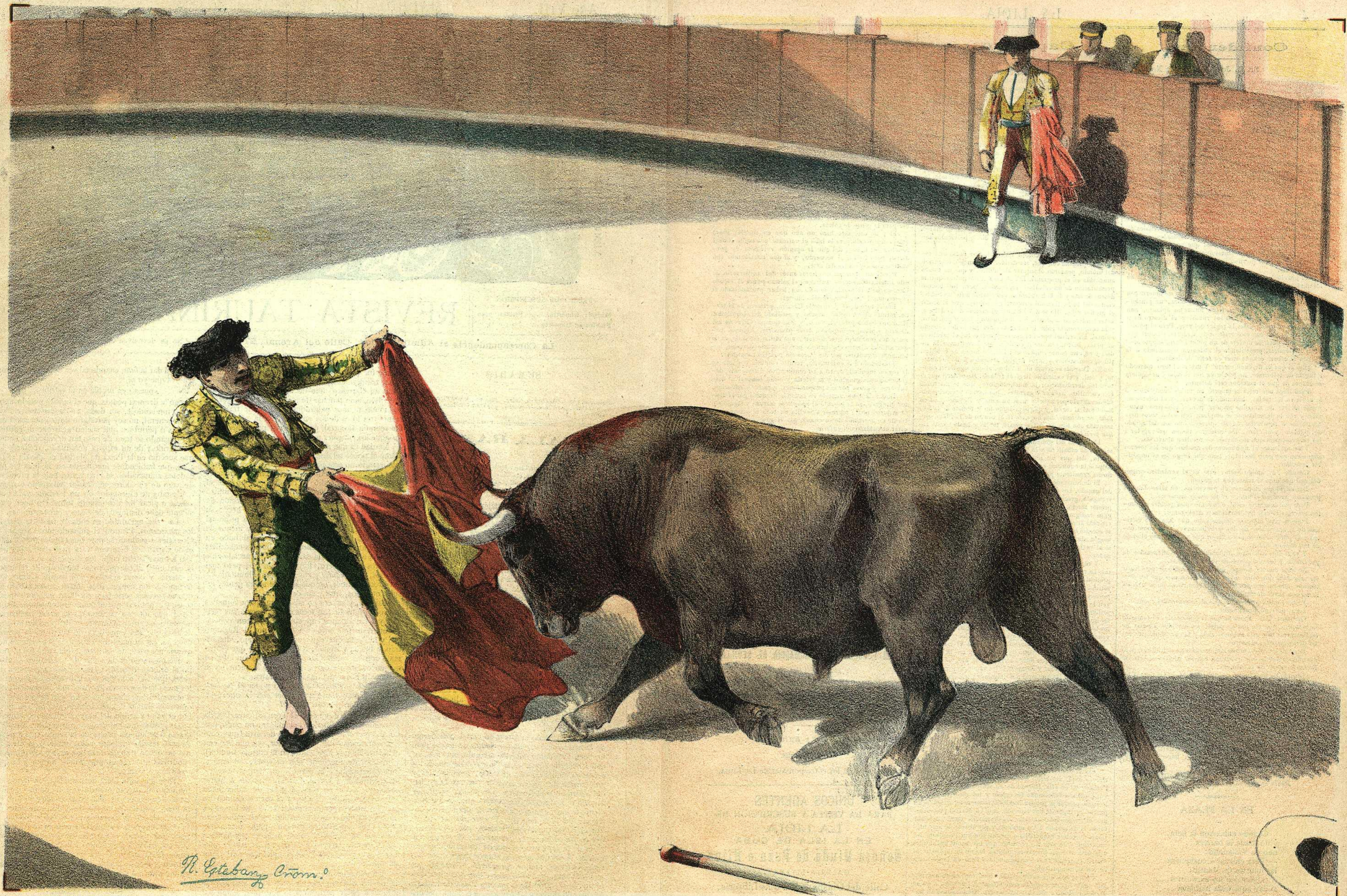
La nota agradable en toda la tarde la dieron los mexicanos. Picaron el segundo toro Oropeza y González á estilo de su país, que es poco menos que el de España, si bien con vara más corta, que llevan á brazo suelto como los vaqueros en el campo, la cual unen al cuerpo en el momento de recargar la suerte, y como acudían con coraje á todos los terrenos y son consumados jinetes—pues sabido es que se necesita serlo para ser buen picador—lucieron y el público aplaudió con entusiasmo la habilidad que no está acostumbrado á ver ordinariamente. Son extremadamente sueltos y no llevan otra defensa que una espinillera de cuero en la pierna derecha. En su auxilio no hubo toda la asistencia necesaria por parte de los peones; pero aún fué menor la que prestaron en la suerte de banderillas á caballo al célebre Ponciano Díaz. Esos capeadores de aldea que tan solícitos acuden en tropel á colocar los toros hasta amarrarlos para que puedan clavar á mansalva sus compañeros un par de palitos, no quisieron llamar á buen terreno al toro, y si no es por el valor y arrojo del bravo é inteligente Ponciano, es posible que hubiéramos presenciado una desgracia ó se hubiera deslucido la suerte, que á pesar de todo resultó brillante y aplaudida. Los mexicanos no deben trabajar más que al lado de primeras cuadrillas que sepan por dónde andan y lo que traen entre manos.

Para que todo fuera desbarajuste, un mono sabio tomó un capote y corrió un toro, un tiro de mulas se desenganchó y dejó en el arrastre un toro en la Plaza y hasta la música cesó de tocar antes de tiempo, siendo reconvenida por el *infeliz* pueblo.

Que influya la Sociedad Protectora de Animales para que todas las corridas de toros se celebren con cuadrillas y presidentes como el último día, y adiós fiesta nacional. Ya que el pobre, paciente, sufrido y manso pueblo no tuvo ánimo para ello, yo me atrevo á gritar:

Señor presidente,  
 si usted no se enfada,  
 digo que de toros  
 no entiende usted nada.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.



*R. Esteban Cróm.*

## Confidencias.

Sr. D. José Sánchez de Neira.

**M**I QUERIDO MAESTRO: Como los aficionados é inteligentes de Madrid no se cansan de pronosticar la próxima decadencia del arte, atribuyéndola sin duda al incremento que va tomando la ignorancia en la Plaza de la corte, me decido á escribir estas cuartillas, con el fin de darle á conocer el lastimoso estado en que se encuentra la afición en estas tierras; y estoy seguro de que si consigo el objeto que me propongo, haré comprender á los cortesanos que solo se quejan de vicio.

Por aquí, todos son aficionados, y lo que es más, inteligentes; pero inteligentes que no respetan ni las reglas dadas por los maestros; porque para ellos Pepe Ilo y Montes no sabían de la misa la media y estaban muy atrasados en materia de cuernos.

En Madrid ciega la pasión y por eso hay que disculpar que algunas veces se aplauda lo que es digno de censura; en provincias existe la misma pasión, pero dominada por la ignorancia.

Así vemos esa colección de telegramas en los cuales el número de toros muertos es igual al de estocadas y al de orejas, y sin embargo, los diestros que trabajan con tan buen éxito y que alcanzan tantas ovaciones, en cuanto pisan el ruedo de la corte pierden todo su arte, el valor y hasta las zapatillas.

En provincias la rutina es compañera de la mayoría de los aficionados, con muy pocas excepciones.

En efecto, se aplaude siempre la estocada de muerte con tal de que el toro no arroje sangre por la boca; un pinchazo, por bueno que sea, no logra nunca un aplauso, aun cuando el estoque se clave en los rubios y el diestro haya entrado á matar con todas las reglas del arte. Pero el público se vuelve loco con esos trasteos de zaragata, siempre que el espada, al pasar la muleta de un pitón á otro, adopte posturas académicas, presentando el abdomen y mirando á la res con la cabeza echada atrás en señal de desafío.

¡Esó sí que es de buen efecto! Y más sí el toro, mareado á fuerza de telonazos, no puede ya con el rabo y ni siquiera se entera de que el matador está delante.

Pero llega una res á la muerte en malas condiciones ó se acula en las tablas, buscando la defensa, y el diestro no puede lucirse de ninguna manera, porque esos pases naturales y con la derecha que se emplean con estos toros para igualarlos ó separarlos de su querencia no son del agrado del público, y es claro, los maestros tienen que apelar á los recursos para que sus faenas no resulten aburridas.

Y de aquí nace el sinnúmero de resabios que los toreros adquieren con gran facilidad, pero que luego les es imposible desechar.

Créame Ud., amigo Neira, este es el verdadero origen del mal que dará al traste con la afición.

Los lidiadores empiezan en provincias, en ellas dan sus primeros pasos en el arte, y el que malas mañas ha...

Pero por desgracia estas ovaciones inmerecidas no suelen acarrearles más que cornadas y desengaños.

Pudiera citar algunos desgraciados que han sido víctimas de la ignorancia de los provincianos; pero como usted y el público los conocen mejor que yo, me creo eludido de tan enojoso deber.

Y yaya Ud. con estos argumentos á los aficionados de provincias y les oirá pestes de los madrileños.

No hace mucho tiempo que un taurófilo de este lugar me aseguraba que ellos entendían de toros más que los cortesanos, aunque por desconocer el tecnicismo no se expresaran con tanta claridad.

Vamos, que les sucede lo que al animalito del cuento. Leen, pero no pronuncian.

Quéjense Uds. ahora de que la ignorancia va tomando incremento, que yo, por mi parte, les envidio, á pesar de encontrarme bajo este hermoso cielo y tan cerca del país natal de los grandes maestros.

La gente de coleta forma aquí verdaderos enjambres; pero mientras nosotros nos quedamos con los zánganos, Uds. se llevan lo mejor de la colmena.

Cuando en los círculos taurinos de esta ciudad oigo á los que pasan por inteligentes calificar de capeados á los toros que por efecto de sus malas condiciones ó de la lidia que llevan se hacen de sentido, no puedo menos de acordarme de los aficionados de la corte, y cedería todos los placeres de estas regiones con tal de ver una corrida de abono y echar un párrafo en esa con algunos ignorantes.

Y es que nadie está contento con su suerte.

Ocuparía largo espacio en consideraciones sobre el asunto, pero comprendiendo que el trabajo resultaría infructuoso, pues mis paisanos son incorregibles, hago punto aquí y me repito su buen amigo Q. B. S. M.

PIRRACAS.

Baileñ 25 de Julio de 1889.

## EN LA PLAZA

Cuando enlazaron la fiera, gritó desde la barrera uno de Valladolid:

—¡Para enlazar á cualquiera las mujeres de Madrid!

¡Qué valen los mexicanos, si hay aquí cada barbiana que con sus ojos gitanos, sin más lazo ni mangana, nos ata de pies y manos?

PLÓEZ.

## Capotazos.

**E**l pasado domingo, 4 de Agosto, ha sido uno de los días que, empleando la fraseología taurina, han dado más juego en la presente temporada.

La serie de percances, anomalías y desaciertos que presenciámos en la Plaza de Madrid con motivo de la corrida, ó más propiamente media corrida, intentada en dicho día, minuciosamente relatados quedan en el artículo del señor Neira.

Añadiremos, sin embargo, que nuestra Plaza tiene *jeltatura* para el Marinero, recordando que las tres únicas veces que en ella ha lidiado como matador de alternativa, no ha podido pasar del primer toro. Tal sucedió al tomarla, que se hirió en una mano al matar; exactamente lo mismo le pasó en la del 28 de Junio último y también salió lesionado en la mano, á más de la otra cornada de que dimos cuenta, en la que nos ocupa.

¡Es desgraciada coincidencia!

\*\*

Zaragoza y Santander, Santander y Zaragoza, se dieron de ojo para ofrecer al resto de España dos espectáculos tan ruidosos como parecidos.

El de la capital de Aragón reconoció por causa una especie de propina con que, sin duda con la mejor intención del mundo, pensaron obsequiar al público, y que no estaba anunciada en el programa. Era el caso nada menos que la presentación de un caballero rejoneador; pero los buenos deseos de éste y de la Empresa se estrellaron ante las condiciones del bicho llamado á soportar la suerte, que al sentir el primer rejoncillo se dió á buscar el camino de la dehesa. Estas tendencias se acentuaron al segundo y tercer pinchazo, y la concurrencia pidió la expulsión del ruedo del cobarde animal. En vez del buey, el que desapareció fué el caballero en plaza, sustituyéndole la cuadrilla para continuar la lidia; y en este punto empezó el jaleo, en forma de botellas, palos, comestibles y otros objetos arrojados á la concurrencia. Después se arrojó un hombre, al que siguieron ciento, y mil, y el escándalo llegó al frénésí. Baste decir que el toro fué derribado por la muchedumbre; que le martirizó con cuchillos, navajas y garrotes; que herido y moribundo fué levantado por aquella masa humana y llevado ¡casi en hombros! al corral, y que para digno fin y remate de la hazaña, se encendió una hoguera en el centro de la Plaza, alimentada con bancos, sillas, mesas, tablas y hasta con el *silón presidencial* (!!).

La llegada del gobernador, segundo cabo, alcalde, una sección de caballería y la Guardia civil, apaciguaron el tumulto, del que un importante periódico de la población culpa á la autoridad encargada de presidir y sobre el que se forma expediente para exigir la oportuna responsabilidad.

El de Santander tuvo igualmente origen por los defectos del ganado. Los espectadores habían tolerado ya un toro derrengado, gracias á la voluntad y cabeza que mostró en el primer tercio. Después de este salió otro *tuerto*, causando gran indignación en la gente, que pidió unánimemente su retirada al corral. Tras muchas conferencias y vacilaciones, se accedió á lo solicitado, y para reemplazarle apareció otro, mogón de un cuerno y astillado del compañero, agotándose al verlo la poca paciencia que ya quedaba en los aficionados.

Y repetición de lo arriba consignado con ligeras variantes. La noche que se echa encima; el público que vocea y protesta á botellazos, banquetazos, etc.; Lagartijo que se retira con la cuadrilla; la Presidencia que multa á la Empresa y suspende la corrida; los alborotadores que destruyen la barrera y pretenden arrancar los pies derechos que sostienen los palcos, sin considerar las desgracias personales que podían acarrear; la humanitaria intención de soltar los toros de los corrales, el incendio y por último la intervención de la fuerza armada y algunos heridos y contusos.

Ante semejantes hechos, sólo nos ocurre el comentario de que el público madrileño da una prueba en la Plaza de mesura y sensatez que nunca será bastante elogiada. ¿Qué harían en Santander y Zaragoza si les suministrasen algunas corridas como las que aquí nos tragamos pacientemente?

\*\*

Nuestro querido colaborador y concienzudo literato don Manuel Ossorio y Bernard, hace en la hoja literaria del *Noticiero Bilbaino* algunas atinadas consideraciones acerca del jaripeo mexicano. Extensas para reproducirlas íntegramente, no podemos resistir al deseo de transcribir algún párrafo, como muestra de la competencia y brillante estilo de nuestro estimado compañero.

Dice así:

«Es el asunto del momento y no hay posibilidad de sustituirse á él. En tanto que en París acude el público á la Plaza, y ya en ella, llevado de un sentimentalismo excesivo, presencia bostezando los capeos y los recortes y pasa á lo sumo porque se pongan banderillas con pez y se señale un parche en lugar de una estocada, aquí en Madrid presenciámos el jaripeo mexicano con sus suertes de lazar y derribar toros, la de montar á los mismos, y por último, la muy brillante de poner banderillas á caballo con una precisión, con un arrojo y un arte tan perfecto, que los menos aficionados á la lidia de reses bravas no pueden menos de aplaudir al diestro Ponciano Díaz, consagrando su fama en largos años de trabajo conquistada.

Porque hay que verle acudiendo al toro en su nerviosa jaca; ganar lentamente terreno; llegar del al toro, y ya en él, desdistribuido y soltando las riendas, fiando tanto á su habilidad como al instinto del caballo, utilizar el instante de la acometida para meter los brazos, dejar con matemática precisión los palos y seguir el arranque de la jaca hasta hallarse fuera de la suerte, y allí recobrar estribos y bri-

das para parar al animal que monta. Será cruel, será temeraria la lidia de toros bravos; pero al ver al hombre derribarle, montarle ó ponerle banderillas en la forma á que he aludido, no puede menos de reconocerse que algo hay de grande y de bello en semejante combate del hombre con la fiera.

Y así deben creerlo también nuestros vecinos los franceses, cuando engolosinados con la parodia aspiran á ver corridas de verdad, siendo ya muchos los que tienen encargados billetes para las próximas corridas de San Sebastián, y muchos también los que acuden á la Plaza de Madrid y aplauden con entusiasmo á nuestros banderilleros y matadores. Y así deben creerlo también los compradores del periódico LA LIDIA, extranjeros muchísimos de ellos, y que han agotado las colecciones de muchos años, y así también lo creerán los ingleses que acaban de encargar á un pintor muy distinguido un *panorama* de todas las suertes del toreo, que será durante el invierno próximo uno de los grandes atractivos de Londres.»

\*\*

El circo taurómico de Cartagena se va haciendo temible para la gente de coleta.

El 5 de este mes hizo un año que en aquella Plaza quedó inutilizado para la lidia el valiente muchacho Rafael Sánchez (el Bebe), del que la opinión veleidosa va perdiendo poco á poco el recuerdo, y al que consideraba con motivo una esperanza del arte.

Pues bien; veinticuatro horas antes del aniversario de este lamentable suceso, sufría en el mismo punto el espada Cara-ancha una cogida que sólo con haber profundizado el cuerno una línea, hubiera sido mortal.

Era el toro de D. José de la Cámara, primero de la tarde, retinto claro, ojalo, meano y astillado del izquierdo. Hizo una buena pelea en varas, y á su tiempo, Cara-ancha, de azul y plata, se dispuso á darle pasaporte. Algunos pases y dos pinchazos precedieron á una media estocada, de la que salió el diestro enganchado por el muslo derecho, intentando levantarse por dos veces sin poderlo conseguir.

Trasladado á la enfermería, resultó con una cornada en la región inguinal, de 16 á 20 centímetros, dislacerada, dejando algunos ganglios y la arteria y vena femoral al descubierta, y grave por sus proporciones, carácter y situación.

Esmeradamente asistido en la fonda Francesa por el doctor Minguéz, se le levantó el apósito el martes, y siguiendo la mejoría, podrá regresar á Sevilla en toda la semana entrante en compañía de su esposa, que llegó á Cartagena para estar al cuidado del enfermo.

Celebraremos que el restablecimiento del aplaudido matador sea completo, y en el más breve término.

\*\*

Acusamos recibo á nuestro apreciable colega *El Toreo Cómico*, de un retrato del matador Fernando Gómez (Gallo), discretamente ejecutado por el estudioso dibujante Sr. Redondo, que en iguales condiciones de tamaño, papel y precio que los publicados anteriormente, viene á aumentar la colección de dicho semanario.

\*\*

En San Sebastián se verifica hoy la primera corrida con reses de Veragua y López Navarro, y las cuadrillas de Fras-cuelo y Mazzantini.

De París, cuya Plaza del Bosque de Bolonia decían se inauguraría ayer, no hemos recibido noticias.

D. CÁNDIDO.

11 Agosto 1889.

## ANUNCIOS

LA ESCUELA DE TAURAMAQUIA DE SEVILLA

Y EL TOREO MODERNO

POR

DON PASCUAL MILLÁN

Prólogo de Carmena y carta de Lagartijo.

TERCERA EDICIÓN

Precio: 3 pesetas.

Descuento á los corresponsales de LA LIDIA.

## ÚNICOS AGENTES

PARA LA VENTA Y SUSCRIPCIÓN DE

LA LIDIA

EN LA ISLA DE CUBA

Señora Viuda de Pozo é Hijos.

GALERÍA LITERARIA

Calle del Obispo, núm. 55.—Librería,

Habana.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid.